

Capítulo 1

Aurora

7 Teala 941

*86.º día de navegación desde Etherhorde
(seis horas antes del Día del Tratado)*

—Ojos abiertos, Neda.

El Padre había llegado en silencio. Con su copa y su vela, sonreía a la muchacha que dormía sobre la losa de granito, cubierta por una manta de lana. Ella le obedeció y sonrió amablemente, pero sin despertarse ni desperezarse. Aquellos ojos suyos, tan azules cuando se abrían, jamás había llegado a verlos en ningún rostro humano. Una hebra de algas en el pelo. Unos surcos secos de agua salada encima del cuello y de la frente. Al igual que el resto de sus hijos, había pasado la noche en el mar.

Si ella tenía veintidós años, aquel hombre multiplicaba su edad por seis; pero aún seguía erguido y ágil, porque sólo su barba blanca y su voz, profunda, trabajada y amable, aunque dominada por la locura, delataban su edad. La chica sabía que estaba loco, y también que el día en que, con una mirada, un suspiro o una pregunta, exteriorizase aquel pensamiento, moriría.

Ella sabía muchas cosas arcanas. Y aunque debiese dormir como los demás aspirantes hasta el momento en que el Padre decidiera que debía despertar, se sentía dominada por una llama de desobediencia que nunca se apagaba y que hacía de ella una perso-

na insensible a sus órdenes. Quería quitársela de encima. Intentaba apagarla, meditando, exorcizando su mente, rezando; pero la llama seguía bailoteando, llena de herejía y regocijo. Y como el Padre podía observar su mente como si mirase por el cristal de una ventana cubierta de escarcha, sólo era cuestión de tiempo que descubriese su impostura. Quizá acabara de hacerlo en aquel mismo instante. Quizá estuviera sopesando su destino.

Ella le quería. Nunca había querido a nadie de aquella manera. Y no era un cariño pasajero, como el Padre, al escrutar su rostro como lo había hecho con los de sus demás hijos durante un siglo, podía comprobar por la sonrisa que ella esbozaba en sueños.

—¿Sueñas, verdad?

—Sí —respondió ella.

—Y, aun así, tu sueño no es profundo. Estás más cerca de la vigilia de lo que había pensado.

No era una pregunta. Entre despierta y dormida, la joven seguía vigilándole. La Vieja Fe, que ella había hecho suya, afirmaba que la vida no es una lucha contra la muerte, sino contra esa muerte auténtica que aparece escrita en el instante en que nacemos. Si lograba vencerla, obtendría la plenitud y terminaría su misión.

—No debes despertar, tú que eres para mí la más amada. Vuelve a tu sueño y, cuando estés en él, descríbemelo.

La joven movió los ojos dentro de sus órbitas y entornó los párpados. Al hacerlo, el Padre tembló, como siempre que contemplaba la inmensidad de la Creación. Ella dejaría de ver el santuario donde se encontraba, la luz de la aurora que caía sobre los acurrucados durmientes, la arcada oeste que miraba al mar, el cuchillo de cuarzo que él llevaba al cinto, la leche de blancura inmaculada que llenaba su copa, para mirar lo que se encontraba «al otro lado». Fuera, los pescadores abrían una senda entre las juncias para llegar a la orilla, saludándose unos a otros con una alegre cancioncilla de Simja, aquella isla que ningún imperio reclamaba. Bajo la fina manta, los miembros de la joven comenzaron a temblar. No se sentía segura en el lugar donde acontecía su sueño.

—Estoy en las colinas —dijo.

—Tus colinas. Tus Tierras Altas de Chereste.

—Sí, Padre. Estoy muy cerca de casa... de mi antigua casa, antes de convertirme en tu hija, pues en el sueño soy Neda de Ormael. Mi ciudad arde. Se encuentra en llamas y su humo llega hasta el mar.

—¿Estás sola?

—Aún no. Dentro de un momento, Suthinia, la madre que me alumbró, me besaré y huiré. Entonces los hombres tirarán la verja abajo y entrarán.

—Los hombres de Arqual.

—Sí, Padre, los soldados del Rey Caníbal. Están al otro lado de la puerta, donde acaba la fila de casas. Mi madre está llorando. Mi madre huye.

—¿No se ha despedido de ti?

La joven dormida se envaró. Cerró una mano.

—*Sobrevive*, me dice. Pero no cómo puedo sobrevivir. Ni de qué.

—Neda, Llama del Fénix, te encuentras en el saqueo de Ormael, pero también aquí, a salvo, a mi lado, entre tus hermanos y hermanas, en nuestro lugar sagrado. Respira profundamente, te hará bien. Y ahora dime qué sucede.

—Han arrancado la verja de sus goznes. Hombres armados con lanzas y espadas rodean mi casa. Están en el jardín, robando los frutos de mi naranjo. Pero todavía no han madurado, están verdes, aún verdes. ¡No hay suficientes para que todos puedan comer!

—Tranquila, pequeña.

—Los hombres están enfadados. Rompen las ramas inferiores.

—¿Cómo es que no pueden verte?

—Porque estoy bajo tierra. Hay una trampilla oculta en la hierba, desde donde puedo ver la casa.

—¿Una trampilla? ¿Y adónde conduce?

—A un túnel. El padre que me engendró lo excavó con ayuda de sus amigos contrabandistas. No sé a dónde conduce. Quizá recorra el subsuelo del huerto y llegue a las colinas. Creía que mi padre, el que me engendró, habría ido a esconderse allí después de abandonarnos, hace de eso mucho tiempo. Pero no hay nadie. Estoy en el túnel, sola.

—Y los hombres siguen saqueando tu casa.

—Todas las casas, Padre. Pero la nuestra es la primera... *Aya!*

Aunque aquel grito apenas fuese más que un gemido, su rostro quedó dominado por la pena.

—Cuéntame, Neda.

—Mi hermano está en la calle. Es tan joven. Mira fijamente a los hombres del jardín.

—¿Por qué no lo llamas?

—Lo hago. Digo *Pazel, Pazel...* pero él no puede oírme y, si levanto la voz, ellos se darán la vuelta y me verán. Ahora corre hacia el muro del jardín.

El Padre dejó que prosiguiera y él se tomó la leche a pequeños sorbos, pensando. Neda dijo que su hermano acababa de subir al emparrado para trepar por él, entrar por la ventana de su dormitorio, salir instantes después con un cuchillo de capitán de barco y una figurita con forma de ballena, y escabullirse luego entre los cielos. Y añadió que una turba de soldados se acercaba a su escondite y hablaban de ella y de su madre. Y las palabras de aquellos soldados hicieron que el Padre dejara su copa y se estremeciese de ira. *Como auténticos caníbales. Como si sus almas no fuesen nada y sus cuerpos simples pedazos de carne. Y esos eran los hombres que debían llevar la civilización al mundo.*

La luz de la aurora se hizo más intensa. El Padre apagó la vela y levantó la manta para que no le diese la luz en el rostro. Neda se estremeció cuando sus ojos azules se posaron en él. Pero no estaba allí... estaba en Ormael, poseída por el sueño que narraba. El rugido de la soldadesca al descubrir el armario de los licores. Sus vestidos de niña arrojados entre risas por una ventana, sus medias colgando del naranjo, sus blusas levantadas para quedar a la altura de unos torsos cubiertos de armadura. Botellas rotas, ventanas destrozadas; un balido desastroso de aquella gentuza. El atardecer, las horas interminables en la cueva, la trampilla llena de escarcha al amanecer.

Entonces gritó con mayor fuerza que antes, y el Padre no consiguió tranquilizarla, porque en aquel momento ella veía que los soldados se llevaban colina abajo a su hermano, le hacían caer al suelo y le golpeaban con los puños y una rama del naranjo.

—Le odian. Quieren matarle. Padre. Padre. Le dicen algo a la cara.

—¿Qué le dicen?

—Siempre lo mismo. Yo no hablo su lengua. Pazel sí, pero no les responde.

—¿Puedes recordar esas palabras?

Estaba estremecida. Y entonces dijo con una voz que no era la suya:

—*Madbu ideji? Madbu ideji?*

El Padre cerró los ojos, sin atreverse a hablar. Porque, a pesar de su deficiente arqualí, acababa de comprender su significado. Las escuchaba con toda la violencia y la ofensa que encerraban, pronunciadas a gritos delante de un niño asustado: *¿Dónde están las mujeres?* Y el niño se había mordido la lengua.

Al abrir los ojos, ella le miró. Intentó parecer adusto cuando dijo:

—¿Lloras, Neda? No es nuestro estilo, y lo sabes. Y también que ni la furia ni la pena ni la vergüenza pueden vencer a un hijo de la Vieja Fe. Y que ningún arqualí es tu igual. Deja de llorar. Eres una *sfvantskor*, y mi preferida.

—Pero por aquel entonces no lo era —dijo ella.

Tenía razón. No era una *sfvantskor* ni nada parecido. Por aquel entonces sólo era una chica de diecisiete años. Capturada aquella misma noche, cuando unos ladrones que habían entrado en el túnel la ahuyentaron a punta de cuchillo y ella cayó en manos de los arqualíes. Sin poder hablar con ellos para pedir clemencia. Tratada con tanta brutalidad que el Padre no quiso que lo recordase, hasta que intervino el extraño doctor Chadfallow, que la liberó después de una fuerte discusión con un general en la que ambos estuvieron a punto de llegar a las manos.

El doctor era un protegido del emperador de Arqual, que, luego de nombrarlo Legado Especial, lo envió a la ciudad poco antes de la invasión. Debía de ser amigo de Neda y de su familia, porque llevó a la muchacha herida a su homólogo mzithriní, que iba a ser expulsado junto con su séquito aquella misma tarde.

—Sálvala, Acheleg —imploró al mzithriní—. Llévatela como si fuese tu hija, y ábrele tu corazón.

Pero el tal Acheleg era un animal. Como no había podido predecir la invasión, regresaba a Mzithrin en desgracia. No veía razón

alguna para ayudar a su rival, pues tanto él como Chadfallow habían intentado conquistar a Suthinia, la madre de Neda. Y aunque ella hubiera rechazado a los dos para desvanecerse en la nada, Acheleg aún seguía sintiéndose particularmente vejado. Pero el hado le entregaba a la hija de Suthinia. A pesar de que no tuviese la extremada hermosura de su madre y el enemigo la hubiese mancillado, seguía siendo un buen botín para un ex diplomático incapaz que ya no podría hacer demasiadas conquistas. Así que se la llevó a Babqri... pero como concubina, no como hija. Y sólo por la necedad que cometió al presentarla en la corte, donde quiso sobresalir con sus mentiras y lisonjas ante el Emperador, el Padre la descubrió.

Ojos azules. Había oído decir que eran corrientes en el este. Y mientras la joven veía cómo observaba y encomiaba sus ojos, el Padre supo que haría de ella una *sfvantskor*. ¡Una *sfvantskor* extranjera! Era un mal presagio que auguraba la catástrofe, el fin del mundo antiguo. En los cien años que llevaba escogiendo a los aspirantes, sólo necesitaba un simple vistazo para saber si alguien valía o no.

Extraño destino el de Neda. Salvada de un arqualí por otro arqualí, y de un mzithriní por otro mzithriní. Tomada dos veces como botín, y la tercera como una mujer-guerrero de los dioses.

Pero, realmente, aún no era una *sfvantskor*. Ninguno de sus hijos (él se movía entre ellos, entonando la oración de la aurora, rompiendo el trance de sus sueños con las yemas de los dedos) podía serlo hasta que él no le hubiese dicho que lo era. Siempre había sido así y siempre lo sería: sólo después de arrodillarse ante uno de los Cinco Reyes y de jurar lealtad se convertirían en *sfvantskors*, sacerdotes guerreros de los mzithriníes. Hasta entonces sólo eran aspirantes, sus hijos. Después no volvería a llamarlos por sus nombres.

Mientras su sueño desaparecía y las lágrimas la abandonaban, la joven se decía que no era una *sfvantskor*. Ni siquiera era un aspirante o lo que se entendía como tal, porque había nacido en el extranjero. Eso suponía una diferencia. Y ni siquiera el Padre podía pretender lo contrario, aun prohibiéndoles a los demás que hablasen

de ello. Durante dos mil años, los ancianos habían moldeado a los jóvenes para convertirlos en los *svantskors* que servían a los reyes de Mzithrin, que mandaban sus ejércitos y que aterrorizaban a sus enemigos. El poder moraba en ellos, el poder de los Fortines de la Eternidad, de los fragmentos del Ataúd Negro y de la Cripta del Viento. Su oficio era más que un honor, era una vida dedicada al destino y, también, una obligación sagrada. Y sólo los jóvenes nacidos en Mizithrin eran llamados a dicho oficio. Así estaban las cosas hasta que el Padre llevó a Neda a la Ciudadela.

Neda Pathkendle. Aquel día, el primero, los viejos maestros dispuestos en fila habían pronunciado su nombre en la Sala de la Bienvenida como si las mismísimas sílabas que lo formaban les desagradasen.

Neda Ygraël, dijo el Padre. *Yo le he cambiado el apellido. Vigiladla; ya lo comprenderéis a su debido tiempo.*

Ygraël, es decir, Llama del Fénix. La grandeza de aquel gesto no le sirvió de nada. Los otros seis aspirantes (cuatro chicos, dos chicas perfectas) se escandalizaron. ¿Una refugiada con la piel del color de la avellana, que procedía de Ormael, uno de los estados vasallos del enemigo? ¿No los habrían elegido para avergonzarles? ¿Acaso eran ellos unos candidatos tan míseros que no se merecían que se les aplicasen las costumbres inmemoriales?

Se ignora si alguno de los aspirantes, a pesar de que el hecho de que eligieran a Neda hubiese puesto a prueba su fe, cuestionó al Padre (el mismo que, succionando con sus labios una herida que el rey Ahbsan tenía en el cuello, le había extraído por ella un tumor de color negro). El malestar se hizo manifiesto durante la fiesta del Azote del Invierno, cuando los nuevos aspirantes recorrieron la capital, Babqri. Allí fue donde le dejaron un cadáver chamuscado de paloma encima de la almohada, con la leyenda *Nunca se levantará* escrita con ceniza en el suelo. Allí fue donde Neda conoció la existencia de la Expulsión Belligerante: una antigua regla mediante la cual los aspirantes podían expulsar a quien quisieran, con tal de declarar unánimemente que el expulsado había hecho todo lo posible para enemistarse con ellos.

Neda no había hecho nada de lo que le acusaban. Aunque hubiera obedecido sus caprichos y tolerado sus rencores, cinco de los

seis votaron su expulsión. Entonces Neda se acercó en silencio a la persona que la había apoyado, una chica alta y orgullosa llamada Suridín; se arrodilló delante de ella y le dio las gracias en voz baja, recibiendo el desprecio de la joven, que pagó su afecto con una risotada de amargura.

—No lo hice por *ti* —dijo—. Al igual que el padre que me engendró, quiero servir en la Armada, y el caso es que ellos tienen brujas que pueden detectar la mentira. ¿Qué diré cuando me pregunten si alguna vez di falso testimonio?

El padre de Suridín era uno de los almirantes de la Flota Blanca.

—Te comprendo, hermana —dijo Neda.

—No comprendes nada. No sabes cuánto me gustaría que *co-menzases* una pelea con uno de nosotros. No perteneces a este sitio y, si pudiese, yo votaría contra ti sin pensármelo dos veces.

Aquella situación fue tan terrible como prolongada. Pero cinco años después finalizó tal y como el Padre había pronosticado: con Neda bien entrenada, letal y fuerte en la Fe, y aceptada por sus seis hermanos (algunos de corazón, otros por simple obediencia) y por la gente corriente de Mzithrin, que ya no estaban muy seguros de las objeciones que antes habían formulado.

Pero Neda sí que estaba segura. Sus enemigos tenían razón. Veían lo que al Padre se le escapaba: que, si le conferían aquel título, ella podría flaquear y deshonorarlo. Había lanzado una flecha por encima del río Bhosfal y alcanzado un blanco en movimiento. Había caminado por una cuerda tirante situada sobre la Garganta del Diablo y recorrido los trescientos peldaños bañados por el agua de la Ciudadela. Pero la vía del *sfvantskor* era la perfección, y ella era muy imperfecta en cierto aspecto: no podía olvidar.

Nada podía ser peor para un aspirante. Descontando el entrenamiento en las disciplinas marciales y religiosas, la mayor parte del aprendizaje de un guerrero-sacerdote se realizaba en un estado de trance. El Padre sólo podía compartir los sagrados misterios con quienes se encontraban sumidos en él, pues sólo así podía limpiar sus almas del miedo que sentían. Neda se sumergía fácilmente en los primeros estadios del trance... durmiéndose y despertándose a su voz de mando, obedeciendo sin discutir, centrando su mente

en lo que él ordenase. Pero sólo en lo que él ordenase. Se accedía al estadio más profundo y sagrado del trance cuando las demás distracciones desaparecían: en otras palabras, cuando se olvidaba todo. *Barre el polvo del Ahora y del Ayer*, decía el proverbio, *y las cosas eternas serán tuyas*.

Pero eso nunca podía conseguirlo. Lo intentó un año tras otro, tumbada encima del granito, escuchando la voz del Padre. Mientras los demás se desembarazaban de los recuerdos como si éstos fueran ropas viejas, ella yacía inmóvil y fingía hacer lo mismo que ellos. *Olvida el Ayer y el Ahora. Olvida el respiro que antecedió a éste*. Pero ella no conseguía olvidar. Y cuando el Padre les dijo que olvidasen ciertas lecciones, ciertos libros que habían desaparecido repentinamente de la biblioteca, y a ciertos maestros que habían dado clase un día para desaparecer al siguiente, Neda no lo olvidó. No olvidó las palabras ni los rostros. Ni otras debilidades del Padre, detalles estos que un aspirante no podía tener la desvergüenza de conocer.

Pero lo que la condenaba de manera irremisible eran sus mentiras. Eran mañosas (incluso perfectas), porque le permitían recordar exactamente lo que se suponía que *no* debía recordar. ¿Por cuánto tiempo podría ocultar el asco que sentía de sí misma?

Cuando rezaba sola, se golpeaba la cabeza contra el suelo. Pero en la cama se maldecía a sí misma con las palabrotas militares de los *sfvantskor*, los juramentos marineros, en ormaelí, de su padre y las sibilantes maldiciones de las Tierras Altas, propias de la hechicera que era su madre, cuya afición por los encantamientos había estado a punto de causar la muerte de Neda y de su hermano poco antes de la invasión.

Y así hubiera debido ser. Porque a su hermano Pazel se lo habían llevado inconsciente para enterrarlo con los mil muertos de aquel día o para cuidarlo y luego, una vez recuperado, convertirlo en esclavo. Y Neda, a quien el Padre le había ahorrado la misma suerte, no podía dejar de pensar que le había traicionado.

—Levantaos, mis siete aspirantes.

Ellos obedecieron con la rapidez del gato. Todos estaban vestidos, ninguno armado: los de Simja permitían a los visitantes muchos privilegios, pero no el de llevar armas. El Padre los condujo a

todos en silencio por debajo de la arcada este y a lo largo del muro de mármol, hasta el pie de una estrecha escalera de caracol sin barandilla. En su extremo superior se encontraba el Declarion: un pedestal alto, rematado por cuatro columnas y una cúpula de jade verde, en cuya superficie interna, con caracteres floreados de plata, habían grabado las palabras de la Alianza de la Verdad. El Padre subió por ella y ellos aguardaron a que los llamara.

El sol no había salido aún: su luz sólo tocaba las cumbres de las distantes montañas de Simja, dejando sus laderas sumidas en tinieblas. Las cabras, que se habían recogido alrededor del santuario para pasar la noche, apenas comenzaban a desperezarse, y ni siquiera una sola ventana de la ciudad de Simja aparecía iluminada al otro lado de los extensos campos. Neda escuchaba el roce algodonoso de las olas, sintiendo cómo se deslizaban en calma. *He pasado toda la noche en el mar. He caminado en trance hasta la espuma de las olas. Las criaturas se arracimaban alrededor de mí, los rapés y las rayas. Una bruja pronunciaba ensalmos por encima de las aguas. Una chica-duende del mar lloraba por el muchacho al que amaba. Se supone que no debería recordar nada.*

Intentó dejar la mente en blanco para rezar. Pero, al llegar al último peldaño que conducía al Declarion, el Padre se volvió de manera brusca y miró a Neda. Sus discípulos se sobresaltaron: los ritos matutinos no se alteraban sin ningún motivo. El Padre los miró con ferocidad.

—No ignoráis que durante largo tiempo quisieron destruirnos —dijo—. Pero, últimamente, eso ha cambiado. Nuestros Cinco Reyes de la Santa Mzithrin han colaborado mucho con el enemigo para lograr la paz, y cuando hoy, en este mismo santuario, nuestro príncipe se case con Thasha Isiq, nos dirán que el tiempo de la aflicción y de la muerte ha pasado. Pero yo percibo algo siniestro, hijos míos. Una nueva guerra que será breve pero terrible, como si los anteriores siglos de guerras se condensasen en un único año para dejar sólo ruinas que nos impidan renacer. Percibo el espectro de la aniquilación. ¿Queréis saber dónde se encuentra? Pues mirad detrás de vosotros.

Sus discípulos se volvieron como un solo hombre. Detrás de ellos estaba el puerto de Simja, cuajado de buques: los blancos de

Mzithrin y los grandes buques de Arqual, la esbelta flota de combate de la isla, docenas de bajeles que llevaban a dirigentes y místicos de las religiones minoritarias, todos reunidos allí para la boda que sellaría la paz.

Pero, reduciéndolos a todos a una escala enana, también estaba el Gran Buque, el *Chathrand*, el más antiguo de los antiguos, de fama y valor imperecederos, construido por unos artesanos desconocidos en una era milagrosa y olvidada. Decían que necesitaba una tripulación de seiscientos hombres y que podía navegar cómodamente aun con el doble, quedándole todavía el suficiente espacio para llevar grano a una ciudad que atravesase los rigores del invierno, o las suficientes armas para equipar a muchas legiones en pie de guerra. Perteneecía al enemigo, pero no a su Corona, porque, en virtud de algún recoveco propio de la mente arqualí, era de propiedad privada: el Emperador había tenido que *pagar* a cierta baronesa mercante para poder llevar en él a la Novia del Tratado.

—El *Chathrand* —decía el Padre—, como los Buques de la Plaga de antaño, enarbola los colores de la paz, pero el aire de su bodega está viciado de maldad. Cuando ancló en Etherhorde, a medio mundo de aquí, en el pecho del enemigo, supe que encerraba una amenaza. Y a cada legua que se acercaba, sentí cómo crecía. Cuando cruzó el Nelu Peren, ese peligro fue en aumento. Luego fondeó durante seis días en el puerto de Ormael, donde se encuentra la antigua casa de Neda, y allí adquirió un nuevo poder que es monstruoso. Y ayer... ayer el sol se veló a mediodía y el tejido mágico del mundo se tensó tanto que estuvo a punto de rasgarse. Entonces casi pude vislumbrar sus intenciones, pero aquel poder se ocultó, y ahora el buque parece una enorme y dócil vaca que aguarda nuestra llamada.

»Y haremos esa llamada... llamaremos a la Novia del Tratado y a nuestro príncipe Falmurqat, así como a todos los señores y nobles que nos visitan, para llevarlos a nuestro santuario. Pues tal es la voluntad de los Cinco Reyes. ¿Quién podría culparlos? ¿Quién no quiere la paz? Quizá el estallido de magia que sentí ayer destruyera el mal que viajaba en el *Chathrand*. Pero el corazón me dice lo contrario. La tal Thasha de Etherhorde no se casará con nuestro príncipe, porque el Imperio al que representa no quiere el fin de la

guerra... a menos que nuestro fin como nación forme parte de él. —El Padre apretó las mandíbulas antes de proseguir—. Los Cinco Reyes no quisieron escucharme.

»—Vives en el pasado, Padre —me dijeron a modo de insulto—. Puesto que en tu larga vida sólo has conocido la guerra, ahora que estás caduco sólo puedes imaginar más de lo mismo. Pero el mundo ha cambiado, y también lo ha hecho el Imperio de Arqual, así como todos nosotros. Si no te apetece descansar, enseña a tus *sfvantskors* por algún tiempo y abandona el mando.

»¿Acaso me he confundido alguna vez? —Hizo una pausa efectista. Neda ni se atrevió a respirar, porque sólo ella sabía en qué se había confundido—. Están ciegos —prosiguió el Padre—. Sólo ven las riquezas que les proporcionará el comercio con el este. Yo veo más lejos. Pero no soy rey, ni tengo espías y soldados a mi mando, sólo la amistad de ciertos oficiales de la Flota Blanca. Y os tengo a vosotros, hijos: *sfvantskors* en todo, excepto en los votos definitivos. Estáis aquí a causa del *Chathbrand*; estáis aquí para salvarnos del peligro que trae a esta tierra. Mientras os encontrabais en trance, os conté otras cosas que ahora no sería conveniente que recordaseis. Ya las recordaréis a su debido tiempo. Ahora debemos apresurarnos: recibid mi bendición y confesad vuestros miedos.

Se situó bajo la cúpula. El primer aspirante subió por la escalera y se arrodilló. El Padre le habló con mucha brevedad, igual que a todos los que le siguieron, porque el sol estaba a punto de salir. Pero cuando le tocó el turno a Leda y él le puso la mano encima de la cabeza, la joven se echó a temblar.

—¿Quieres hablar conmigo? —le preguntó.

—No tengo miedos que confesar —dijo ella, clavándose las uñas en la palma de la mano.

—Yo creo que sí —replicó él—. Tu hermano está a bordo de ese buque.

A causa de la impresión recibida, Neda levantó la mirada. El Padre puso unos ojos como platos, porque a los aspirantes les estaba prohibido ver el interior de la cúpula. La joven no tardó en mirar al suelo.

—Perdóname —dijo.

—Es un siervo —dijo el Padre—. Uno de esos a los que llaman *tiznados*. Y es el amigo especial del doctor Chadfallow, que también va a bordo.

—Pazel —musitó ella. *Estaba vivo, vivo...*

—No debes hablar con él, Neda.

Tragó saliva, intentando parecer tranquila.

—Al menos hasta que no haya finalizado la boda. Pero no debe ver tu rostro. Su presencia en este sitio no puede ser casual. Tú y Ultri permaneceréis detrás de mí, cubiertas con una máscara, hasta que todo haya terminado.

—Sí, Padre. Pero, ¿cuándo habrá terminado todo?

—Querida mía —el Padre suspiró—, ni siquiera yo conozco lo que entonces podrá suceder.

La bendijo, y ella bajó a tientas los peldaños, muy estremecida. El último discípulo se arrodilló delante de él, pero sólo un instante. Cuando la luz del sol se derramó sobre la superficie del mar, el Padre levantó los brazos y declamó con voz tonante, haciendo que las cabras echaran a correr, temiendo por sus vidas, y que alondras y gorriones volasen aterrorizados por los campos. Era una oración, el *Annuncet*, que, amplificada por la magia de la cúpula, sonaba más fuerte que nunca. El Padre entonó las palabras rituales una y otra vez como si no necesitase tomar aire, y no paró hasta que las lámparas se encendieron por toda la ciudad, en salas, torres y buques fondeados junto a ella.